

nuestro iglú en el ártico

relatos escogidos

Mario Levrero

Selección y prólogo de Ricardo Strafacce



Nuestro iglú en el Ártico

A Elvio E. Gandolfo

Apagué el cigarrillo en el cenicero y cerré el libro que estaba leyendo. Mientras iba por el corredor pensaba que me gustaría respirar un poco de aire puro. Entré al dormitorio de mi esposa (Elga) y la llamé por su nombre. Algo brillaba en la penumbra.

Al no obtener respuesta encendí la luz; a excepción de la cama, la pieza estaba vacía; sobre la cama, extendidas, había distintas ropas íntimas, de nailon, dispuestas (el babydoll transparente, la bombacha negra, el sostén blanco a lunares verdes) de tal forma sobre el rojo acolchado que parecían contener el cuerpo de una mujer; la ilusión de un ser invisible allí tendido hizo que me acercara y tocara las ropas, para concluir que estaban vacías. El nailon me produjo una sensación áspera y eléctrica en la yema de los dedos.

Atrajo mi curiosidad una puerta entornada que había estado oculta, sin duda por ese enorme ropero de mi esposa. La abrí por completo; al oír un ruido familiar encendí la luz y vi que estaba dentro de un lujoso cuarto de baño, cubierto de espejos; la canilla abierta dejaba correr un hilo de agua en la bañera; el tapón no estaba puesto y el agua se iba.

El espejo colocado sobre el lavatorio estaba dividido en tres secciones, y una de ellas, la del medio, tenía una perilla; me observé en el espejo y luego tiré de la perilla, y mi imagen giró sobre unas bisagras; detrás había un placar, lleno de objetos de colores.

Cerré el placar y traté de cerrar la canilla del baño; se había atascado. Luego apagué la luz y cerré la puerta, pero la cerradura no trabajaba bien y volvió a quedar entornada; crucé el dormitorio, apagué la luz y continué por el corredor. Llamé a Elga en voz alta, sin obtener otra respuesta que el tañido de la campana del antiquísimo reloj, ubicado al final del pasillo sobre una repisa muy alta; nunca llega luz a ese lugar, jamás podemos ver la hora; podemos en cambio escuchar las campanadas, aunque indican la hora de una manera compleja y no siempre uno alcanza a comprender ese lenguaje.

El baño que suelo utilizar se halla en la mitad del corredor; golpeé la puerta sin que nadie me respondiera y aunque dudase de que Elga se encontrara allí, ya que lo utiliza solo en raras ocasiones. Dentro, la luz estaba encendida y la ducha dejaba correr agua caliente en forma vertical; había vapor en el cuarto, y una mujer me observaba por entre las gotas de la lluvia.

Pensé que se trataba de mi esposa; ella cubrió rápidamente el pubis con la mano izquierda, y cruzó el brazo derecho por encima de sus pechos enormes, sin llegar a cubrirlos; el derecho asomó y se volcó por sobre el codo, el oscuro pezón del izquierdo se abrió camino entre los dedos de la mano derecha.

–Te vas a mojar los zapatos –dijo; no la conocía–. El jabón –exclamó luego, mirando hacia el piso, y me agaché a recogerlo; el agua de la ducha me mojó el hombro izquierdo y parte de la cabeza. Al enderezarme, el zapato derecho resbaló en el piso y debí abrazar la cintura de la mujer para no caerme; le entregué el jabón, pero seguí rodeándola con el brazo izquierdo y luego con los dos; la atraje hacia mí y la besé en la boca.

–Puedes retirarte –dijo, y algo en la voz me impulsaba a obedecer; sin embargo, intenté un nuevo acercamiento, y ella comenzó a reírse de mis ropas mojadas; le pregunté quién era, pero no dejó de reír, y ahora se mostraba impudicamente, se enjabonaba la espalda y las axilas; abrió al máximo la canilla del agua caliente y se retiró un poco de la lluvia, y pronto el baño todo estuvo lleno de vapor y ya no se podía ver ni respirar; tuve que salir.

Fui a mi dormitorio. Se habían llevado los muebles; quedaba aún el ropero, lo que, dentro de todo, me pareció afortunado. Me desvestí y me puse ropa interior seca que extraje de un estante; luego busqué un traje. Al abrir la puerta central del ropero vi una masa de carne; se trataba de una pareja, un hombre y una mujer; ella estaba de espaldas sobre el piso, la cabeza apoyada contra la pared izquierda del mueble; el hombre sobre ella, las rodillas sobre el piso de chapa compensada, entre las piernas abiertas y recogidas de la mujer; se abrazaban, y solo se apreciaba el movimiento de las manos sobre los cuerpos; él tenía la cabeza enterrada entre el hombro izquierdo y la cabeza de la mujer. Ella abrió los ojos y miró sin expresión; se trataba, también, de una desconocida.

Descolgué un traje y me puse el saco; la percha quedó vacía, y rápidamente comprobé que ya no quedaban más pantalones. Intenté, entonces, volverme a poner los mojados, pero eran de una tela ordinaria y habían encogido notablemente; debí conformarme con el saco, y me cambié de calcetines.

Al tirar de la parrilla de los zapatos, ubicada todo a lo largo por debajo del ropero, sentí un crujido y noté que su piso estaba a punto de ceder bajo el peso de la pareja; empujé apresuradamente la parrilla, no sin antes extraer un

par de zapatos, y quise cerrar luego la puerta central; pero volvió a abrirse con un desagradable chirrido de bisagras, que molestó a la mujer, y ella me miró con reproche.

–Váyase de una vez –dijo, fastidiada. El hombre se movió inquieto encima de ella, como despertando de un sueño. Intenté cerrar de nuevo pero los cuerpos volvieron a empujar la puerta. –Pruebe con la llave– dijo ella, y le hice caso; la puerta quedó, en efecto, cerrada, aunque su parte inferior tendía a sobresalir, y tuve miedo de que se rompiera, o que saltaran las bisagras.

Me preocupaba no tener pantalones; pensé en el criado, para que me buscara un par. Aún tenía deseos de salir.

La habitación contigua, por lo general vacía –y que utilizo para evitar un rodeo– estaba ahora recargada de muebles y tapices; en el centro había una gran cama. No vi a nadie, aunque se destacaba una especie de mancha sobre la colcha; se trataba de una enorme tortuga. Escondió la gran cabeza y las patas en el interior del caparazón; era entre castaño y verdoso, y mirándolo atentamente podía verse un extraño dibujo, de líneas de colores (entre los que predominaba el amarillo); el dibujo semejaba un mapa.

Quise abrir uno de los roperos, pensando hallar un par de pantalones; las puertas no tenían llave pero estaban hinchadas por la humedad, y dos de ellas se obstinaron en permanecer cerradas. Logré abrir la tercera y pude ver que el ropero estaba vacío.

Oí un ruido detrás; era la tortuga, que había asomado la cabeza (una cabeza de pájaro donde brillaban, como inconexos entre sí, dos ojos fijos). Tenía una especie de pico de fulgores metálicos; lo abrió y cerró varias veces, y el ruido era también metálico, y mandibular.

Uno de los ojos era maligno, y el otro, pasivo; comenzó a

mover las patas en mi dirección, y tuve miedo, aunque imaginé que no le sería posible bajarse de la cama. Sin embargo siguió avanzando y el cuerpo quedó en equilibrio sobre el filo del respaldo delantero, la mitad fuera de la cama; continuó, empujándose con las patas traseras (mientras las delanteras se movían, al mismo tiempo, en el aire), y cayó seca y verticalmente sobre el piso con ruido de gran nuez que se parte; el caparazón se separó en dos mitades, y el cuerpo desagradable y arrugado del animal se enderezó sobre las patas traseras y siguió avanzando hacia mí, ahora con mayor rapidez, libre de su pesada carga.

Bloqueaba el camino hacia la puerta, pero al retroceder choqué contra algo metálico que resultó ser una puertita (similar a las de ciertas oficinas); la tortuga estaba ya muy próxima cuando pasé al otro lado; quedé escuchando, con el corazón palpitante, cómo las mandíbulas sonaban rítmicamente en el lugar que ocupara mi cuerpo.

Sentí frío y luego humedad, y la rugosidad del piso me hizo pensar que me hallaba en la entrada de un sótano; me moví con cuidado para no caer en el hueco de una posible escalera; mis manos buscaron en vano una llave de luz a lo largo de las paredes, que también eran rugosas, y llegué a creer que estaba encerrado en un lugar sin salida. Más que nunca anhelé poder irme de aquella casa, y recordé la pureza del aire en los verdes parques.

Me separé de la pared y comencé a gatear por el piso; la rugosidad me molestaba las rodillas y el polvo me ensuciaba las manos. Luego hallé un hueco; con sumo cuidado me senté en el borde y tanteé el vacío con los pies, tocando unos escalones de madera. Comencé a bajar, de frente a la escalera, agarrándome de sus travesaños verticales y cuidando mucho al apoyar cada pie.

Me encontré en un lugar de mayor humedad, y enseguida logré tocar cosas que presumiblemente estaban apoyadas contra las paredes; eran damajuanas en sus canastos. Rozando un trozo de pared libre, cerca de la escalera, hallé una llave de luz y la encendí; efectivamente me encontraba en un sótano repleto de damajuanas apiladas contra las paredes.

Por encima de una de estas pilas, un tanto menor que las demás, se veía una ventanita con barrotes. Fui escalando con mucha dificultad la pila; a veces rodaba alguna damajuana, pero no llegué a caer; cuando estuve en la cima me pareció que aquello oscilaba, y me agarré de los barrotes de la ventanita; luego, forzando los músculos de los brazos, me elevé por unos instantes y logré que mi cara estuviera a la altura de los barrotes: vi una pradera muy verde, que no imaginaba en las inmediaciones de casa; luego pensé que quizás no fuera una pradera sino el fondo de alguna casa vecina, que quedaba oculta por razones de perspectiva. Cuando los músculos se me cansaron descendí suavemente por la pila de damajuanas; me resultó un poco difícil llegar con elegancia al piso.

Examiné el resto del lugar, y vi que no había otra salida que la misma escalera que había usado para bajar; subí por ella, dejando la luz encendida, y cuando llegué arriba vi que, además de la puertita metálica, había en otra pared una abertura en forma de arco, algo de escasa altura, tal vez medio metro. También vi una llave de luz, que no había podido encontrar tanteando las paredes porque estaba ubicada un poco más arriba que de costumbre; encendí esa luz, y de nuevo bajé la escalera y apagué la luz del sótano.

Volví a subir, y asomé la cabeza por la arcada: aquello era un túnel oscuro. Apagué la luz y me metí por el túnel; en una oportunidad una delgada pero resistente tela de

araña me cruzó la cara y quedó pegada allí; con una mano pude quitarme una parte de la tela pero quedaron algunos hilos y esto me mortificaba cuando seguí gateando.

Noté que el túnel se bifurcaba, y después de vacilar un instante seguí camino por la rama derecha; después volvió a bifurcarse y elegí la rama izquierda. Al fin, luego de un rato, vi una débil claridad y pronto pude sacar la cabeza fuera del túnel. A pocos centímetros de mi nariz había un caño acodado y oxidado, entre unas paredes pequeñas y húmedas; me agaché aun más para pasar por debajo del caño, y en ese momento advertí que me encontraba en la cocina, bajo el fregadero, y que dos piernas bien formadas se situaban junto a mi cabeza; también escuché el ruido de manipular platos.

Adelanté la cabeza unos centímetros yforcé los ojos hacia arriba, lo que me produjo un dolor especial en la vista; antes de volverlos a su posición inicial alcancé a ver una prenda negra y la parte inferior de un largo collar de perlas que rozaba un ombligo.

Forcé nuevamente la vista pero no alcancé a averiguar si realmente se trataba de María, la cocinera; podía ser ella, aunque nunca antes había reparado en la belleza de su cuerpo. Porque resultaba más cómodo me dediqué a mirarle las rodillas; después de un rato no pude contenerme y las besé; la mujer dejó escapar un chillido agudo y se rompieron algunos platos; saltó hacia atrás, golpeándose la espalda contra un armario verde y llevándose la mano al pecho.

—¡Qué susto me diste! —exclamó, y tuve una sonrisa—. Pensé que eras una rata, o quizás un oso —agregó; no era María, pero tenía los ojos verdes, igual que María.

—¿Dónde está María? —pregunté, y ella se acercó y se colocó junto a mí, en cuclillas, bajo la pileta. Tenía una son-

risa amplia; observó que yo miraba entre sus piernas, las que forzosamente debía mantener separadas, para no caer, y noté el vello a través de una cierta transparencia de la tela; ella, riendo aún, se tomó del caño oxidado para permanecer en la misma posición y juntó las piernas. Estiré una mano para acariciarlas, y las mantuvo apretadas.

–También pensé que eras un murciélago –dijo–, o un chimpancé o un pulpo.

Hice girar mi cuerpo, con dificultad, y logré apoyar la cabeza en su regazo; me acarició los cabellos con una mano que soltó del caño.

–Antes –dijo– había una cortina floreada que tapaba este hueco bajo la pileta; si ahora estuviese, podríamos quedarnos a vivir aquí; pero María puede venir en cualquier momento –tiró de mi brazo, para sacarme de allí.

–¿Dónde está María? –insistí, y ella respondió que había renunciado (pensé que mentía).

–Pronto llegarán los invitados –dijo, y cuando estuvimos de pie, tomándola de la cintura la llevé al rincón formado por una de las paredes y el armario verde; pero no cabíamos los dos en ese hueco, y ella me empujó hacia el centro de la cocina.

–¿Qué has hecho con tus pantalones? –me preguntó, y dejó escapar una carcajada. Me di cuenta de que hacía el ridículo con el saco puesto y sin pantalones, así que me quité el saco.

–María está por venir, María está por venir –canturreó la mujer, y tomó el saco y se lo puso al revés, y pidió que le abrochara los botones, a la espalda. Comencé a abrocharlos, pero la espalda me tentó y la besé, y luego le desprendí el broche del sostén (negro) y pasé los brazos por debajo de sus axilas y le busqué los pechos–. No –dijo, apartándose–.

Vamos –me tomó de la mano y se adelantó con sigilo; cruzamos la sala en puntas de pie (aunque ella estaba descalza) y comenzamos a subir la escalera hacia el piso superior. Ella iba adelante y yo veía sus nalgas a través de la transparencia de la prenda; estiré los brazos, pero se movía con mucha rapidez y mis manos nunca llegaron a alcanzarla.

–Aquí debemos separarnos –dijo, parándose junto a una puerta del piso superior y apoyando la mano izquierda en el pomo–. Debo bañarme y vestirme de inmediato, porque la fiesta va a comenzar. Hasta luego.

–Un momento –la detuve, tomándola de un brazo, cuando iba a cerrar la puerta–. No podemos separarnos así –empujé hacia adentro, pero ella se mantenía firme–. Déjame entrar.

–No –respondió–. Tengo que bañarme y que vestirme, y que pintarme los ojos y las cejas, y que ponerme carmín en los labios, y antisudoral en las axilas, y perfume en los cabellos y detrás de las orejas.

–Yo puedo ayudarte –le dije–. Se sabe que hay un punto en la espalda, el cual nadie, nunca, puede alcanzar por esfuerzo propio; yo te pasaré por allí la esponja enjabonada, y luego te ayudaré con las cintas del corsé y los cierres metálicos del vestido de seda, y pintaré tus uñas y empolvaré con precisión tus mejillas.

–No –dijo–. En realidad quieres acostarte conmigo, y ahora no tengo tiempo; no te olvides que vendrá el Presidente.

–¿El Presidente? –pregunté, asombrado, pensando que sabía muy poco de lo que sucedía en mi propia casa–. Pero no importa –agregué–. No importa el Presidente; déjame entrar, al menos deja que te mire mientras te bañas y te vistes.

–No –dijo–. En todo caso puedes mirar por el ojo de la cerradura –cerró la puerta–. Y será mejor –agregó desde adentro– que busques a Teodoro y le pidas que te preste sus

pantalones; no pensarás que el Presidente esté ansioso por verte en calzoncillos. Hasta es posible que arruines la fiesta que, como se sabe, es excusa para un pacto político que puede resultar de gran beneficio para el país –acerqué el ojo a la cerradura; se estaba quitando mi saco, junto con el sostén (negro)–. Se sabe que el Presidente es pulcro y pundonoroso, como todos los militares; si, por razones que no está en mí determinar, llegara a tolerar tu presencia en paños menores (lo cual me parece poco probable), ¿crees, por ventura, que podría soportar un solo instante tu presencia cuando, durante el baile, no puedas disimular la excitación que te provoca estrechar el cuerpo de una mujer –había salido fuera del radio visual y su voz llegaba desde un punto más alejado, pero seguí escuchando con nitidez– y el perfume de sus cabellos?

Luego se puso a cantar, con voz muy dulce, algo sobre los verdes bosques de Irlanda; pensé que ya estaría bañándose, y quise entrar; pero había corrido el pasador, porque la puerta no cedió.

–De todos modos –dijo, interrumpiendo el canto– estoy segura de que nos veremos luego, después que termine la fiesta; yo también deseo acostarme contigo, debes recordármelo cuando se vaya el Presidente.

Esperé un rato, con el ojo en la cerradura, pero pronto empezó a dolerme la espalda y no escuché ni vi nada más; me alejé en busca del criado o de Elga.

Bajé las escaleras y estuve de nuevo en la sala; al pasar junto al piano de cola deslicé una uña sobre las teclas blancas. Una nota sonó mal, y destapé el piano; alguien había enrollado con mucho cuidado una hebra de lana azul en torno a una de las cuerdas. Quité la lana y pensé que no debía perder el tiempo en esas cocas, porque estaba por llegar

el Presidente y debía conseguir pantalones; luego deduje que alguien trataba, con mucha sutileza, de sabotear la fiesta. “Quizás al Presidente le guste tocar el piano, y con seguridad se pondría furioso si sonara en falso alguna nota.” Fui a la cocina y encontré a María; el parecido con la otra muchacha es relativo.

–¿Elga? –pregunté. María se movía ágilmente, preparando una infinidad de bocadillos que ponía en una fuente sobre la mesa; eran amarillos y redondos, con una bolita roja en la parte superior. Tendí la mano para tomar uno; María advirtió el ademán y me pegó en los dedos con una cuchara de madera:

–Son para la fiesta –dijo–. No se pueden comer ahora.

–Solo uno –rogué, mirándola a los ojos (verdes) y pestañeando.

–Imposible –respondió, y su sonrisa era burlona–. Durante la fiesta, todos los que puedas tomar; ahora, no.

Abandoné la cocina, en dirección al cuarto de Teodoro. El criado ocupa toda un ala de la casa; la parte inferior está abandonada, porque él prefiere el altillo, al que se llega por una crujiente y difícil escalera. Subí los escalones y me detuve ante la puerta del altillo. Golpeé, y llamé al criado por su nombre.

–¡Teodoro! –llamé.

No obtuve respuesta; empujé la hoja y al encender la luz la llave me dio un pequeño choque eléctrico. En la pieza había amontonados una cantidad de muebles viejos, incluso algunas tablas sueltas, y un maniquí. También había ropa en el suelo, en un rincón. La cama estaba tendida con pulcritud, pero tenía un bulto en el centro. Levanté la frazada y luego la sábana, y más tarde la otra sábana, y entonces comprendí que lo que producía el bulto se encontraba deba-

jo del colchón. Empujé el colchón y lo hice caer hacia el otro lado, sobré el piso; debajo se hallaba Elga. Tenía los pechos, el vientre y las piernas marcados por el elástico de la cama; debió haber estado un tiempo boca abajo.

–¿Qué quieres? –preguntó; su cara no tenía huellas del elástico.

–Necesito un par de pantalones –respondí, y le expliqué que en mi ropero no había.

–Puedes buscar ahí –dijo, señalando el montón de ropas–. Es posible que Teodoro los haya tomado.

Busqué, pero ningún par me pertenecía.

–Voy a ponerme estos –dije, señalando unos manchados de cal que, con seguridad, pertenecían al criado. Me los puse con idea de que me sentaban bien, aunque temía adquirir aspecto de albañil, un poco reñido con mi obesidad–. ¿Qué te parece, cómo me quedan? –pregunté.

–Están bien –dijo, pero no se había tomado el trabajo de examinarme con detenimiento. Luego se incorporó y exhibió el cuerpo de espaldas–. ¿Te parece que el elástico se ha marcado lo suficiente? –preguntó.

En efecto, el elástico se había hundido y dejado profundos surcos en la carne; en algún lugar incluso sangraba ligeramente.

–Sí –dije, pasándole un dedo por la espalda–. Sobre todo en los omóplatos y en las nalgas –agregué–. En cambio, en la cintura apenas si se nota.

–La cintura no importa –dijo, y se volvió hacia mí–. Y adelante, ¿qué tal?

–No está tan marcado como atrás –respondí–. Debes haberte quedado menos tiempo. Además, los pechos impiden que el elástico se apoye bien en el estómago. Deberías emplear una técnica distinta; por ejemplo...

–Ahora no tengo tiempo –respondió–. Ya está por llegar el Presidente.

–Deberías explicarme eso del Presidente –dije.

–Ahora no tengo tiempo. Si leyeras los diarios.

–¿Y Teodoro?

–No sé, no sé –respondió–. Pero no creo que se enoje porque hayas tomado esos pantalones.

Cuando íbamos a salir, la detuve y la miré a los ojos. Son negros.

–Dime si me amas –le dije.

–¿Por qué quieres saberlo?

–Es preciso –respondí; busqué su boca y nos besamos, ella se apretó contra mi cuerpo, pero pronto se aflojó y noté que estaba impaciente.

–Luego –dijo–. Ahora no tengo tiempo.

–Solo eso y nada más.

–Es que no tengo tiempo –insistió–. Ahora te respondería mal, para sacarte de adelante.

Me crucé de brazos.

–Es preciso –dije–. No te dejaré ir hasta que respondas bien.

–¡Oh, no tiene sentido! –rezongó, dejándose caer sentada en la cama; luego advirtió que las nalgas se le marcarían en forma distinta y se levantó–. Déjame salir, por favor te lo ruego.

–Bien –respondí fríamente–. Debo entender que no me amas; de lo contrario, no te costaría tanto responder.

–Tómalo como quieras –dijo–. Pero no es exactamente así; luego conversaremos, cuando pase todo.

Al apagar la luz recibí otro choque eléctrico. No quería que anduviera desnuda por la casa, habiendo otros hombres, pero no quise añadir leña a la hoguera.

–Deberías desinfectarte la lastimadura de la espalda; no

es profunda, pero el elástico está oxidado, y quizás se te infecte –dije.

–De todos modos estoy vacunada contra el tétanos –dijo–. ¡Dios mío! ¡Qué tarde se ha hecho!

–¿A qué hora comienza la fiesta? –pregunté, consultando el reloj pulsera; marcaba las tres y cuarenta y cinco.

–Cuando llegue el Presidente– fue la respuesta. Atravesamos la sala; Elga fue a la cocina y dio algunas órdenes a la cocinera (María), luego caminé a su lado.

–¿Por qué me sigues? –preguntó.

–No sé –respondí–. En realidad, no sé qué hacer.

–Yo pensé que no saldrías de la biblioteca –dijo.

–No pensaba –respondí–. Pero ahora recuerdo que quería tomar un poco de aire.

–Puedes hacerlo –dijo–. Cuando vuelvas, haz el favor de traer cigarrillos.

Se internó por el corredor. El reloj tocaba (quizás el menos cuarto). Fui hasta la puerta de calle; al pasar junto al piano recordé que alguien lo había saboteado. “Aunque quizás la lana fue colocada con otra intención”, pensé, pero no dejé de levantar la tapa para controlar que todo estuviera en orden. Luego seguí mi camino, y al pasar junto al perchero tomé la gorra y me la puse. Me miré al espejo; en la imagen reflejada faltaba el saco.

Subí a la planta alta y golpeé la puerta de la mujer que había hallado en la cocina (ojos verdes, parecida a María, la cocinera); no respondió; miré entonces por la cerradura, y la vi sentada oblicuamente en la cama, tirada un poco hacia atrás, apoyada en la palma de las manos; un hombre, en quien no pude reconocer a Teodoro, estaba de rodillas en el suelo, junto a ella, el rostro muy próximo a su sexo. Golpeé de nuevo con fuerza y exigí que me devolvieran el saco.

–Ahora no puedo –respondió ella–. Me están ayudando a atarme los zapatos.

Presté atención y me pareció que, en efecto, ese hombre manipulaba en sus pies; de todos modos, ella, la mirada hacia arriba, mostraba en el rostro una intensa expresión de placer.

–Es que lo necesito –exclamé.

–Te dije que nos veríamos luego de la fiesta –respondió–. Ahora vete, rápido; puedes tomar otro saco de tu ropero.

Sentí despecho por la presencia de ese hombre; en lugar de bajar la escalera, fui a un cuarto contiguo, con la esperanza de encontrar una comunicación con el que ella ocupaba.

–Te estaba esperando –dijo Teodoro, sentado en un pequeño taburete, que reconocí como perteneciente al piano–. Has tardado en venir –agregó.

–No sabía que me esperabas –dije. Lo noté demacrado.

Sonrió con tristeza, y se acentuaron las arrugas de su rostro. Sorpresivamente extrajo un brillante revólver de entre sus ropas; lo agarró por el caño y me lo extendió.

–Toma –dijo–. Mátame.

Yo lo tomé, sin saber bien por qué lo hacía; mis dedos rodearon la culata y el índice se apoyó en el gatillo, pero dejé caer el brazo a lo largo del cuerpo.

–No –dije–; hoy no. Está por llegar el Presidente.

–Sin embargo, debes hacerlo. Te lo ruego. Hijo mío, te he traicionado. Debes saberlo. Me remuerde la conciencia.

–No es nada –respondí, fastidiado por la situación.

–Por favor –insistió.

El piano, en la planta baja, dejó escapar un acorde; yo pensé que había llegado el Presidente. Abrí la puerta y me asomé, apoyándome en la barandilla; vi que el gato se había trepado al piano y estaba sentado sobre las teclas.

–¡Fuera! –le grité, y el gato miró hacia arriba y quedó mirándome, sin moverse.

–Hijo mío –decía Teodoro, quien había llegado al vano de la puerta. Se apoyaba contra el marco, con el hombro izquierdo.

–¡Déjame en paz! –le dije, y amenacé al gato con el revólver.

–Tienes que escuchar mi confesión –insistió el viejo, y resbalaba lentamente hacia el suelo, siempre apoyado en el hombro–. Eres mi hijo: fruto de las relaciones ilícitas con la condesa, tu madre; y me he acostado repetidamente con todas tus mujeres; hoy mismo he tenido a Elga entre mis brazos, fue al mediodía, había tomado mucho vino con el almuerzo, y las moscas zumbaban en la soledad de mi cuarto; el sol, que entraba por la ventanita, me daba en la nuca, y yo quería salir de mi sopor y no podía, y murmuraba su nombre...

–¡Basta! –grité–. ¡Déjame en paz!

–Mátame, por favor –dijo, con un hilo de voz; yo no lo escuché más y empecé a bajar las escaleras, con idea de sacar al gato de encima del piano. Teodoro se arrastró hasta la barandilla, y me gritó con todas sus fuerzas:

–¡Ladrón! ¡Ladrón de pantalones! ¡Cínico! ¡Robarle los pantalones manchados de cal a un pobre criado, hijo de una lavandera y de padre desconocido! ¡Miserable, traidor, cornudo, roñoso...!

Intenté agarrar al gato pero me tiró un zarpazo arañándome la mano. Le pegué en la nuca con la culata del revólver, y se desplomó muerto, haciendo sonar otra vez el instrumento.

–¡Llévate a este gato de acá! –le grité a Teodoro, quien aún asomaba la cabeza por entre las rejas.

–Sí señor –respondió, y fui al dormitorio. El ropero ya no estaba; la pieza vacía, solo la araña de cristal con todas

sus luces encendidas y, debajo de ella, la mujer que había visto en el cuarto de baño.

–¿Ha llegado ya el Presidente? –preguntó. Parecía mucho más gorda por los distintos vestidos puestos uno encima del otro. Un gran sombrero de plumas le coronaba la cabeza.

–No sé por qué todo el mundo me fastidia con el Presidente –respondí; sus faldas eran cortas y una de las medias (la derecha) se le caía, y quedaba arrugada en un montoncito sobre el pie–. Son lindas tus medias de malla –le dije–. Y tus piernas también son hermosas.

–Ayúdame, por favor, a enganchar las medias –dijo–. Nunca supe manejarlas con estos portaliagas.

De rodillas, aproveché para acariciarle las piernas mientras trabajaba en el portaliagas; llevaba una faja muy apretada; después de terminar con los broches seguí acariciándole las piernas, y luego las enfundadas nalgas, y entre las piernas.

–Quita las manos de allí –dijo, tardíamente; no le hice caso y continué, y luego traté de doblarle las piernas apretándole los tendones–. Me vas a hacer caer –dijo–, y romperás las medias de malla. Vamos, quítate de allí –yo no quería hacerla caer, ni romperle las medias, pero la húmeda tibieza que invadía la parte inferior de la faja hizo que le aferrara aun más las piernas y tirara con fuerza hacia abajo–. Quítate –volvió a decir, pero su voz estaba quebrada, ella se había ablandado y estaba a punto de ceder. Entonces, del otro extremo de la casa, más allá de la puerta del corredor que da a la sala, llegó un ruido estruendoso y familiar.

–¡El tambor! –gritó la mujer, y se apartó, acomodándose las plumas del sombrero y olvidándose– ¡Es el redoble del tambor, llega el Presidente!

Se lanzó al corredor, a la carrera; permanecí de rodillas en medio de la pieza, debajo de la araña de cristal, sintién-

dome estúpido. Oí que abría la puerta del corredor, y el tambor me ensordeció; era un redoble militar e interminable. El redoble cesó, y una voz gangosa anunció al Presidente.

Espíe hacia la sala, que estaba llena, y no pude ver al Presidente que, es de presumir, era la persona a quien todos rodeaban, cerca de la puerta de calle. Me produjo un escalofrío ver al gato muerto, aún sobre el piano.

“Maldito Teodoro”, pensé, y comencé a caminar furtivamente por la sala, hacia el gato; aún, la multitud formaba un círculo más allá, y no me veían; tomé al gato por la piel del pescuezo y huí.

—¡Ahí va! —sentí una voz que decía, en la cual creí reconocer a Teodoro; cerré rápidamente la puerta de la sala que da al corredor y le pasé llave, y también un pasador; siempre con el gato en la mano (agarrado por la piel del pescuezo), que me producía una sensación incómoda (estaba tibio, y me recordaba la faja de la mujer), corrí hacia el cuarto de baño; el piso estaba mojado todavía. Caminé en puntas de pie, para no mojarme los zapatos, y dejé caer el cadáver en el W.C.; luego tiré de la cadena, pero el agua no logró arrastrarlo, porque era muy grande.

—¿Qué estás haciendo con el pobre Michín? —dijo una voz; era Elga quien, lujosamente ataviada, también portando sombrero de plumas y amplias vestiduras, estaba sentada en el bidé, y no le respondí porque me irrita gritar por encima de otros ruidos; de todos modos, el gato era mío.

Elga había dejado encendida la luz de su dormitorio, una costumbre reprochable. No advertí escondites posibles para el gato, y seguí hacia el cuarto de baño, ese otro cuarto de baño cuya puerta estaba antes disimulada tras el enorme ropero ahora desaparecido; allí, la canilla seguía abierta. Encendí la luz y miré en todas direcciones; al fin elegí el pla-

car. Metí al gato en uno de los estantes (detrás del espejo) y cerré la puertita; el animal cabía en forma muy ajustada, y su carne empujó el espejo hacia afuera. Lo acomodé un poco mejor, pero parecía desparramarse, desbordarse, siempre sobraba un poco de carne. Recordé la experiencia de la pareja en el ropero e hice girar la perilla, que trancaba por dentro.

Aún no había conseguido un saco y no quería ir a la sala y saludar en camisa al Presidente; incluso, aun teniendo el saco puesto, ese “¡ahí va!” que había escuchado me hacía sospechar que había sido visto con el gato, y no podía mirarlo a los ojos ni estrecharle la mano (al Presidente).

Busqué refugio en el cuarto de baño (que uso habitualmente); Elga ya no estaba. Sobre las baldosas mojadas seguirían humedeciéndose mis zapatos; entonces, tomé la rejilla de madera, la coloqué en el piso y me paré encima.

Estuve así un rato hasta que me aburrí, y llegó a mí la comprensión de que debía hacer algo. Recordé que había visto sacos en el montón de ropa que Teodoro tenía en su pieza, y me pregunté si no habría otro camino para llegar al altillo, sin pasar por la sala.

La ventanita del baño no era grande, pero calculé que podría pasar el cuerpo por allí; nunca antes había mirado a través de ella. Estaba ubicada a cierta altura; con cuidado, para mojar los zapatos lo menos posible, trepé a la bañera de azulejos y alcancé la ventana y la abrí; del otro lado había un patio descubierto.

Saqué primero la cabeza y los hombros, y luego no sé bien cómo hice para llegar al otro lado; recuerdo que en determinado momento quedé cabeza abajo, pero no sufrí ningún daño. Me encontré en un patiecito cerrado por los cuatro costados, un pozo de aire de paredes grises con manchitas de alquitrán, y algunas ventanas opacas. Pude ver las

nubes que transitaban por la naciente oscuridad del cielo.

Frente a la ventanita del baño había una puerta de madera; daba la impresión de que no se usaba muy a menudo. Pero no tenía llave, y a pesar de estar hinchada por la humedad, pude abrirla con un pequeño forcejeo. Me encontré, otra vez, en un pasillo que daba a muchas habitaciones. Esto me produjo desánimo.

Entré a una primera habitación, que estaba completamente vacía; pero tenía un gran vitral, una especie de ventanal lleno de vidrios esmerilados, de colores opacos; los vidrios eran pequeños y el armazón que los sostenía era de hierro. Imaginé que del otro lado habría un hermoso parque, y siguiendo un impulso rompí uno de los vidrios con la culata del revólver. Alcancé a ver la sorprendida cara del Presidente, aunque creo que él no alcanzó a verme porque huí de inmediato; el Presidente sostenía una copa de licor en su mano derecha, tenía la mano izquierda en el bolsillo y era evidente que un segundo antes le sonreía con agrado y displicencia a una señora desconocida que tenía frente a él; estaban cerca del piano.

La segunda pieza, enorme, cobijaba a todos los muebles que habían desaparecido del resto de la casa; pronto localicé mi ropero, y conseguí un saco (los pantalones seguían fugitivos). Sobre el piso del ropero ya no estaba la pareja. Luego noté que una mesita de luz se movía con sacudidas breves; abrí la puertita y media docena de ratones salió corriendo y se distribuyó por distintos rincones insospechados o inaccesibles.

Me examiné ante el gran espejo del ropero; no estaba excepcionalmente bien vestido, quizás las ropas no fueran muy adecuadas para recibir a un Presidente; pero no tenía otra alternativa. Lo único que pude hacer por mi aspecto

fue sustituir la gorra por un sombrero. Quería, de cualquier forma, hacerme presente en la fiesta.

En la tercera habitación, una mujer sollozaba. Entré, y reconocí a María (la cocinera) sentada en una cama.

–¡Mira! –exclamó, mostrando la tortuga, que tenía amorosamente entre los brazos–. ¡Mirá en qué ha quedado!

–No veo la importancia que pueda tener –dije, acercándome, y el inmundito animal hizo sonar las mandíbulas–. Además, así lo quiso ella misma.

–¡Cómo hemos de obsequiar al Presidente con la tortuga desnuda! –se quejó la cocinera (María, hermosa, de ojos verdes).

–Puede obsequiársele otra cosa –respondí, indiferente.

–Bien sabes que no es posible –dijo ella, y me miró, angustiada–. El Presidente solo admite tortugas, y esta nos ha costado mucho dinero. Es un ejemplar rarísimo, de los Trópicos, o del Asia.

Se puso de pie, y se paseó por la pieza (con la tortuga).

–Escucha –dije, tomándola de un brazo–. Yo creo –agregué, y me situé a sus espaldas– que podría disimularse el fiasco de la tortuga si tú, que eres la encargada de entregarla al Presidente, te presentas tan desnuda como ella –mientras hablaba le iba desabrochando el vestido–. Incluso, si lo deseas –le quité el vestido, aunque guardando distancia de las mandíbulas de la tortuga–, yo también puedo presentarme desnudo; la impresión sería más completa –le quité la ropa interior, y luego unas caravanas que le colgaban de las orejas; como parecía dudar, continué hablando–. Podríamos convencer, además, a todos los invitados de que hicieran lo mismo.

Traté de acercarla a la cama, pero opuso resistencia y me amenazó con la tortuga.

–Déjame –suplicó–. Déjame, por favor; el Presidente está

esperando su tortuga, y si no la presentamos de inmediato se irá, enojado, creyéndose víctima de un engaño, y fracasará el pacto; desde que llegó, ya ha hecho trece alusiones a tortugas. Vamos, déjame; luego, después de la fiesta, prometo que he de estar contigo. De todos modos –agregó, luego de una pausa, mientras se vestía apresuradamente–, tu idea es estúpida.

–En realidad –dije–, me importa un comino de la tortuga, del Presidente, de la República entera, del Universo. Yo te quería a ti.

–Lo sospechaba –respondió, con una sonrisa–. Siempre lo sospeché, siempre me pareció que cuando te servía la comida era a mí, y no a la comida, a quien mirabas con ojos ávidos; pero yo me acuesto con el chofer. Mira –agregó luego–; yo sí tengo buenas ideas –colocó a la tortuga entre las dos mitades del caparazón, y luego pegó los bordes con cemento (un tubito que extrajo del bolsillo del vestido)–. Es un cemento especial, seca rápido. No creo que el arreglo sea duradero pero, al menos, si el Presidente no la manosea mucho, aguantará por esta noche, hasta que se firme el pacto.

Salió, con la tortuga. Decidí, mal que me pesara, integrarme a la fiesta. Me acerqué a la sala, respiré hondo, y tomé la resolución; oía música y risas. Pero la puerta no cedió.

Volví a intentar un par de veces, sin resultado. De pronto, alguien abrió del otro lado; Teodoro, con un lujoso uniforme de portero, quien tenía en sus manos un pesado bastón reluciente, rematado por una cabeza de león metálica, gritó mi nombre, mientras golpeaba el bastón contra el piso, y me hizo pasar, con una reverencia, a la sala (creí notar ironía en sus facciones).

Bailaban los invitados al son de un disco, que giraba en un viejo gramófono; un tango. El Presidente bailaba con

Elga, en el centro de la sala, y parecía estar muy a gusto. Unos reflectores ubicados arriba, junto a la barandilla, iluminaban la pista. Nadie se molestó en reparar en mi presencia, a pesar del anuncio.

Busqué en la mesa del *lunch* aquellos bocadillos que había preparado María (redondos y amarillos, con una bolita roja); tomé algunos de una fuente y me puse uno en la boca, guardando el resto en los bolsillos de los pantalones. Sufrí una decepción: a pesar del aspecto de mayonesa, tenían gusto dulce, y destilaban un aceite desagradable.

Comencé a subir la escalera, con idea de jugar un poco con los reflectores y, de paso, tener una visión de conjunto de la fiesta; estaba por la mitad cuando la música murió, con un sonido grave y arrastrado; las luces se encendieron, y se apagaron los reflectores.

–Se rompió la cuerda –oí que decían, y volví a bajar para ver si podía hacer algo por la victrola; pero ya todos la rodeaban y hacían afirmaciones inexactas en torno a su posible mal. Terminé de comer el último bocadillo y me limpié el aceite de los dedos en las piernas de los pantalones; luego el Presidente cruzó la sala en dirección al piano.

–¡Atención! –gritó Teodoro, parándose en medio de la sala (me pareció que estaba borracho)–. A continuación, el Excelentísimo Señor Presidente de la República ejecutará para ¡todos ustedes! deliciosas ¡interpretaciones al piano!

Hubo aplausos, y el Presidente se paró, confundido: no hallaba el taburete. Subí la escaleras y busqué el taburete sobre el cual Teodoro estuvo sentado, en aquella pieza, cuando lo del revólver; tampoco hallé el taburete. Cuando salí de la pieza vi las luces otra vez apagadas y un reflector apuntando hacia abajo, hacia el piano; el Presi-

dente estaba a punto de comenzar la ejecución, alguien le había alcanzado una silla. Me aproximé a los reflectores.

–Hola –dijo la cálida voz de la persona que los manejaba, y era la mujer a quien un hombre ayudaba a atar los cordones de los zapatos, la misma a quien había hallado en la cocina y que se parecía a la cocinera (María). Le rodeé la cintura con un brazo y juntos miramos al Presidente–. Mi amor –me dijo al oído, y el reflector se corrió por un momento, dejando al Presidente en la oscuridad, y enfocando en su lugar a una estatuilla hindú y a una maceta con una palmera. Luego el Presidente comenzó algo de Beethoven, pero tocaba muy mal.

–Qué mal toca el Presidente –dijo la mujer a mi lado, y el Presidente gritó, desde abajo, que encendieran las luces. Cuando se encendieron, levantó la tapa del piano.

Un murmullo recorrió la sala.

–Vamos –le dije a la mujer, tomándola del brazo–. Vamos a descolgarnos por una ventana y a correr por los tejados, hacia los parques –le dije–. Vamos a huir de esta casa, de esta ciudad, de este país, vamos adonde nadie jamás pueda hallarnos, una choza perdida en las islas tropicales, o al nevado pico de la montaña, vamos a navegar por mares desconocidos, a enfrentar los vientos, guiados por las estrellas, busquemos un lugar en el mundo, nuestro iglú en el Ártico, una caverna próxima a un volcán, ese lugar donde a nadie se le ocurra buscarnos, vamos, amor.

El Presidente había sacado al gato muerto de adentro del piano, y ahora lo exhibía.

Después, la mujer me contó que le dijeron que el Presidente, al agarrar furioso a su tortuga y ponérsela bajo

el brazo, con intención de retirarse, hizo un movimiento demasiado brusco y el caparazón volvió a abrirse, por el remiendo, y que la tortuga salió corriendo despavorida, y que se perdió de vista, y que todo esto mandaba el pacto al diablo.

Que los invitados, furiosos, destrozaron mi casa con hachas.

Que se me buscaba aún, afanosamente, en todas partes.

Que en las afueras de la ciudad la tortuga había mordido a un niño indefenso.

Nos besamos, solos en algún lugar del mundo.

1967

Índice

El viejo sabor de la aventura literaria en la garganta,
por Ricardo Strafacce 7

El sótano 15

Nuestro iglú en el Ártico 53

Gelatina 79

La toma de la Bastilla o cántico por los mares de la luna 117

La cinta de Moebius 137

Espacios libres 199

Los muertos 215

Capítulo XXX 245

Los carros de fuego 269

Entrevista imaginaria con Mario Levrero 309

Nuestro iglú en el Ártico

Mario Levrero

En este volumen el escritor argentino Ricardo Strafacce ha seleccionado y prologado los diez mejores cuentos de Mario Levrero, que comparten afinidades estilísticas y logran una atmósfera familiar aun perteneciendo a diferentes períodos de la vida del autor. Entre ellos se encuentran su primer relato publicado, “Gelatina”, y el último, “Los carros de fuego”, además de “Nuestro iglú en el Ártico”, texto llevado al cine y que da nombre a la selección.

Estas narraciones fluyen con una lógica ajena a la racionalidad pero propia de los universos oníricos, por lo que el lector transitará por estas páginas compulsivamente, no sin sentir el desconcierto inquietante con el que los sueños propician el encuentro de lo extraordinario con la más pasmosa cotidianidad. El pacto con las particulares coordenadas de la creación levreriana deberá ser total, como un dejarse ir en el sueño; al aceptarlo, el lector recibirá como recompensa una experiencia literaria original e inspiradora.

Levrero escribía contra “la vida”. O, menos dramáticamente, escribía para que sus libros abrieran la posibilidad (para él mismo, para sus lectores) de “vivir”, al menos por un rato, otra vida. Una vida feliz, feliz como un nuevo relato que comienza.

Ricardo Strafacce

ISBN: 978-9974-8351-8-4



criatura EDITORA